

Pues esta fué una de las principales causas de haber querido el Hijo de Dios vestirse de nuestra humanidad; porque solo Dios era perfectísimo ejemplo que seguramente podíamos imitar; pero no le podíamos ver. Mas al hombre podíamos ver; pero no era regla cierta para haberlo de imitar. Por lo cual, como Sant Augustin dice (d), era cosa convenientísima hacerse Dios hombre, para que así le pudiese el hombre ver, y vistole, imitar. De modo que ambas cosas eran necesarias para nuestra salud, que eran su divinidad y humanidad: la una para darnos remedio, y la otra para darnos ejemplo. Porque, como dice Sant Leon Papa (e), si no fuera Dios, no nos pudiera dar remedio, y si no fuera hombre, no nos diera ejemplo.

Convenía también esta sagrada Pasion para ejemplo y esfuerzo de los mártires. Porque sabía bien el Salvador con cuánto derramamiento de sangre de mártires innumerables se había de fundar su Iglesia. Y entendía cuán grande esfuerzo y consuelo habían de recibir ellos en sus batallas con el ejemplo de la grandeza de los dolores de la sagrada Pasion, y por esto quiso él que fuesen grandísimos; porque tal fuese el esfuerzo y consuelo que recibiesen con ellos. Esto queda ya declarado en el capítulo vi deste tercer tratado.

Demás destas conveniencias susodichas hay otras muchas; porque todos los frutos del árbol de la Cruz, de que se trata en lo que se sigue dende el capítulo xiii hasta el capítulo xvii, son también conveniencias deste misterio. Ca por esto fué cosa convenientísima que el Salvador padeciese, para hacernos todos los beneficios que en estos cuatro capítulos se recuentan. Y así cada uno por sí es juntamente fruto y conveniencia deste misterio, y ayuda grande para la virtud. Pero no se acaban aquí los frutos suavísimos deste árbol de vida: porque, como dice Sancto Tomas (f), cuanto uno mas pensare en este misterio, tantos mas frutos y conveniencias hallará en él.

CAPITULO XIII.

Comiéndase á declarar cómo la sagrada Pasion fué medio convenientísimo para remedio de las miserias y necesidades humanas.

Dijimos al principio que entre todos los medios que la divina sabiduría podía ordenar para nuestra salud, el de la sagrada Pasion era el que mas convenia, así para la gloria de Dios como para remedio de nuestra miseria. Lo primero hemos declarado hasta aquí, aunque brevemente: resta declarar lo segundo, que es cómo este mismo medio era el que mas convenia para remedio de nuestras necesidades. Entre las cuales la primera era de satisfacer á la divina Majestad por las culpas cometidas, y ser los hombres restituidos en su amistad y gracia. Esto ya vimos cuán perfectamente lo cumplió nuestro Salvador con el sacrificio de su Pasion, y por eso no tenemos que decir aquí sobre este paso. Siguese tras esto el remedio de las otras necesidades y enfermedades espirituales que nos impiden el camino del cielo.

Pues para la inteligencia desto se ha de presuponer que el hombre en cuanto hombre no tiene mas que dos cosas propias, con que se diferencia de los otros animales, y se hace semejante á los ángeles: que son entendimiento y voluntad; todo lo demás tiene commun

(d) In Natal. Dom. serm. 4. (e) Serm. 1. de Nativ. Dom.
(f) 5. p. á q. 46. usque ad 49. et Opusc. 2.

con los brutos. Estas dos potencias de nuestra ánima quedaron por el pecado muy dañadas y estragadas. Ca el entendimiento quedó muy escurecido para el conocimiento de Dios y de sus cosas (de donde manó tanta muchedumbre de idolatrías, y supersticiones, y herejías, con otros mil errores que ha habido en la vida humana) y la voluntad quedó flaca, enferma y rebelde, y lo que peor es, inclinada á amar mas á sí y á sus cosas propias que á Dios: que es lo esencial del pecado original, y la raíz y manantial de todos los pecados.

Siendo esto así, síguese que el remedio principal del hombre consiste en la reformation destas dos partes tan señaladas que hay en él (junto con la reformation de las otras potencias inferiores de nuestra ánima), curando las dolencias espirituales dellas, que nos impiden el camino de la virtud. Para lo cual no se podía hallar otra medicina mas eficaz que el misterio de la sagrada Pasion, la cual basta para la cura y remedio de todas. Porque pues Dios con ser uno y simplicísimo, contiene en sí las perfecciones de todas las cosas, razon es que la Pasion del Hijo de Dios sea proprio y singular remedio de todas nuestras dolencias; y esto de tal manera, que así aprovecha á cada una dellas, como si para sola ella fuera instituida, y no para las otras: lo cual cierto es cosa de grande admiracion. Y la causa desto es, que por cuanto por esta sagrada Pasion nos vinieron infinitos bienes, por eso no es mucho que ella sea proprio y singular remedio de todos nuestros males.

§. I.

De cómo la sagrada Pasion es perfectísima medicina de las dolencias de nuestro entendimiento.

Comencemos pues por la reformation y cura de nuestro entendimiento, la cual consiste en tener verdadero y sano conocimiento de Dios, y de todas las cosas que pertenecen á su servicio. Y descendiendo á cosas particulares, veremos cuánta luz para esto se nos da por el misterio de la sagrada Pasion. Pero esto será apuntando las cosas brevemente, mas para que por estos ejemplos aprendamos á filosofar en esta materia, que para proseguir á la larga lo que sobre ella se pudiera decir.

Pues si la reformation de nuestro entendimiento consiste en tener sano el conocimiento de Dios y de sus grandezas y perfecciones, ¿dónde resplandescen mas este conocimiento que en el misterio de nuestra redempcion? Porque como en esta vida no podamos conocer á Dios por sí mismo, sino por sus obras, y mucho mas por las mas excelentes, y ninguna lo sea mas que esta de la sagrada Pasion, síguese que ella es la que nos da mayor conocimiento dél, y de sus divinas perfecciones. Porque ¿dónde resplandescen mas claro la bondad de Dios, y su caridad, y su misericordia, y su justicia, y su providencia, y su sabiduría y omnipotencia, que en el misterio de la Cruz? Esto está ya en particular declarado en los seis capítulos pasados, y por eso no es necesario repetirlo aquí.

Pues si queremos entender cuánta sea la dignidad y importancia de la virtud, digo para esto que todos cuantos libros hay en el mundo escriptos sobre esta materia, no declaran tanto esto cuanto haber Dios bajado del cielo á la tierra, y vestidose de carne humana, y convertido treinta y tres años con los hombres, y al cabo padecido muerte de cruz, acompañada con inmensos dolores. Y si preguntais por la causa desto, el Apóstol la

declara, diciendo (a): Entregóse á la muerte por librarnos de todo pecado, y hacer un pueblo limpio y seguidor de buenas obras. Pues ¿qué cosa se puede imaginar de mayor eficacia para hacer estimar la virtud, y incitar al amor della, que ver lo que el Hijo de Dios y sabiduría eterna hizo sobre esta causa?

Pues si queremos saber cuán grande sea la fealdad y malicia del pecado, miremos la satisfaccion que Dios por él pidió; que no fué menor que la sangre y vida de su unigénito Hijo, que valia mas que todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Y por aquí también veremos cuál sea el odio y aborrecimiento que Dios le tiene; pues tanto hizo y padesció por desterrarlo del mundo. En lo cual parece que en alguna manera aborreció mas al pecado, que amó la vida del Hijo, pues consintió en la muerte del Hijo por matar el pecado. Pues ¿qué mayor odio se puede imaginar que este? Y ¿qué será del que Dios hallare abrazado con cosa que él tanto aborrece?

Y por aquí también podemos venir á tener el dolor y aborrecimiento de los pecados que somos obligados, considerando que ellos fueron los sayones que azotaron á Cristo, y lo abofetearon, y coronaron de espinas, y escarnecieron, y crucificaron; porque si no entrevinieran aquí pecados, nada desto padesciera.

Y así puede lamentarse el verdadero penitente, y decir: Señor, yo te hice sudar gotas de sangre, yo te escupí, yo te abofetéé, y te puse la Cruz sobre esos hombros molidos y desollados; yo te di á beber tantas hieles, cuantas veces te ofendí, y agora te las daría cuando peo, si fuese deso capaz. Y así te quejas de mí por Sant Bernardo diciendo (b): Hombre, ¿no fuí asaz herido por tí? ¿No miras cuánto padescí por tus maldades? ¿Por qué acrescieras afliccion al afligido? Porque mayor pena me dan las heridas de tus pecados, que las llagas de mi cuerpo. Y en otro lugar dice el mismo Señor por el mismo sancto: ¡Oh hombre, mira lo que por tí padezco! No hay dolor que iguale con el mio. A tí llamo yo que por tí muero. Mira las penas que me atormentan, mira los clavos que me traspasan. Y siendo tan grandes los dolores que por de fuera padezco, mayor es el que en lo interior siento cuando te veo tan ingrato.

§. II.

Por este sagrado misterio se conoce la dignidad del ánima, y valor de las cosas espirituales.

Por aquí también conocerá el hombre la dignidad y valor de su ánima, considerando el precio por que fué comprada. Porque, como dice Sant Pedro (c), no fuimos comprados por oro ni plata (que son metales corruptibles), sino por la preciosa sangre de aquel Cordero sin mancilla, Cristo Jesu. Por donde verá el hombre en cuánto debe estimar la cosa que un tan sabio mercader que nos vino del cielo, tanto estimó; y cómo no debe cambiar por viles y abatidos precios lo que él tanto preció. Por lo cual dice Sant Augustin (d): Viendo yo que mi ánima había sido comprada por la sangre del Hijo de Dios, no quise mas ponerla en almoneda. Y por aquí también verá el hombre en cuánto debe estimar á su prójimo, aunque sea un vil esclavo; pues Dios tanto lo estimó, que dió su sangre por él.

Asimismo cuánto debe recelar de escandalizarle y

(a) Tit. 2. (b) In quod. serm. de Pass. Dom. (c) 1. Petr. 1.
(d) Append. tom. 10. de divers. serm. 43.

darle ocasion de hacer algun pecado con que mate su ánima, porque esto es derramar por tierra la sangre de Cristo. Porque si (como dicen) es oro lo que oro vale, sangre de Cristo es lo que su sangre costó, y esa se derrama cuando una ánima pecando se pierde.

Por aquí verá también cuán graves sean las penas del infierno, pues tan crueles penas padesció el Hijo de Dios por librarnos dellas. Y porque las mayores penas deste lugar son el desamparo de Dios, y el padecer sin alguna consolacion, y ser entregado en poder de los demonios, él por su inmensa caridad quiso probar algo destas penas; pues él padesció sin alguna consolacion, y fué desamparado de su eterno Padre, y fué entregado á los príncipes de las tinieblas, para que por medio de sus miembros y ministros ejecutasen en él todas las crueldades que quisiesen. Por lo cual justamente fuimos librados destas tan crueles penas.

Pues ¿qué dirémos del valor de la gracia y de la gloria que por este mismo precio fueron compradas? Porque por eso ni se dió el Espíritu Sancto, ni se abrieron las puertas del cielo, hasta que este tan grande precio se dió por ellas. Y así por el valor del precio podremos conocer la dignidad y excelencia destas dos cosas que por él fueron compradas.

Y así por estos y por otros semejantes ejemplos podemos entender que la Cruz de Cristo sea una balanza en la cual debemos pesar por este modo el valor y grandeza de todas las cosas espirituales; para que no las pesemos en la balanza engañosa de Canaan (e), que es el juicio y estima ciega de los hombres mundanos; en la cual pesa mas un deleite sensual, ó un poco de interese temporal, ó un punto de honra vana, que Dios con todas sus riquezas y promesas. Mas la Cruz es el peso del santuario (f), con el cual se han de pesar todas las cosas que pertenecen al culto de Dios; donde cada cosa tiene su justo precio y valor.

Por aquí pues veremos cuán universal y cuán excelente sea la filosofía de la Cruz, por la cual tantas cosas se saben tan de raíz; y cuán fácil sea de aprender aun á los simples y ignorantes. Los filósofos á cabo de mucho estudio y de muchos años alcanzaban algo del conocimiento de Dios, y esto no sin mezcla de muchos errores; mas aquí una simple viejecita por el misterio de la Cruz alcanza sin algun estudio y sin error este conocimiento de Dios y de todas las cosas que pertenecen á nuestra salud, como está declarado.

Y siendo esto así, veremos cuán perfectamente se cura la ceguedad de nuestro entendimiento con el misterio de la Cruz; pues la cura dél es darle conocimiento de Dios y de sus cosas; el cual habemos visto en estos pocos ejemplos cuán fácil y cuán perfectamente se alcanza por este misterio. Y así con este precioso colirio de la sangre de Cristo, quedan los ojos de nuestro entendimiento esclarecidos, y curados, y libres de la ceguera y engaños del mundo.

CAPITULO XIV.

De la reformation de la voluntad, para la cual nos ayuda la sagrada Pasion.

Después de la reformation del entendimiento síguese la de la voluntad; la cual consiste en estar ella adornada con todas las virtudes, mayormente con aquellas que tienen su lugar y asiento en ella. Entre las cuales la primera

(e) Osee 12. (f) Levit. 19. 27.

mera es la caridad, que es reina de las virtudes, y el fin y summa de toda la vida cristiana. Para la cual hallaremos tan grandes ejemplos y motivos en la sagrada Pasion, como si para aquella sola sirviera, y no para las otras, como ya dijimos.

Donde es mucho de notar que los ejemplos de Cristo nuestro Señor son de otra condicion que los otros de los santos. Porque no es mucho que un santo (que es una criatura subjecta á mil miserias) sea humilde ó pobre, obediente, paciente, manso, etc., porque estas son cosas conformes á su bajeza; mas que el Señor de la Majestad, y el piélagro de todas las riquezas y grandezas se abaje á las obras y ejercicios destas virtudes, de manera que sea pobre, humilde, obediente, paciente y manso, esto es cosa que sobrepuja toda admiracion. Por lo cual estos ejemplos son de tanto mayor eficacia para convencer nuestros corazones, quanto es Dios mayor que todos sus santos. Tiene tambien otra dignidad: que de tal manera son ejemplos, que tambien son beneficios, y muy grandes beneficios; porque en todos ellos obraba Cristo nuestra salud, y así los ofrescía y ordenaba á ella, pues para sí de nada tenia necesidad. Y por esto así como para nosotros nació y murió, así todos los pasos y obras de su vida santísima aplicó y ordenó á nuestro remedio. Y aun sobre esto tienen otra excelencia que se sigue desta: que es ser grandes estímulos y incentivos de amor. Porque siendo ellos tan grandes beneficios, no pueden dejar de ser grandes espuelas y estímulos para amar á quien tanto bien nos hizo; pues tanta fuerza tienen los beneficios para robar los corazones con amor. Por lo cual todo se ve cuánta sea la excelencia y eficacia destes ejemplos para movernos á toda virtud.

§. I.

De la caridad.

Comencemos por la caridad. Esta virtud tiene muchas consideraciones y motivos que la aticen y enciendan; mas los principales son tres: que son, bondad, caridad y beneficios. Porque la bondad es el objeto y blanco de nuestra voluntad, así como el color lo es de la vista. Por donde como los ojos no pueden ver sino lo que tiene color, así la voluntad no puede amar sino lo que tiene alguna razon de bondad ó apariencia della. Y como en las cosas espirituales lo bueno sea lo hermoso, en esta bondad ponemos la hermosura, que es tambien el objeto propio del amor. Asimismo la caridad, que es amor, es otro grande motivo de amor. Porque, segun dice Sancto Tomás (a), así como con ninguna cosa se enciende mas un fuego que con otro fuego, así ninguna cosa mas enciende un corazon en amor que otro amor. Pues de los beneficios se dice que quebrantan las peñas, y que quien halló beneficios, halló prisiones para prender los corazones. Pues quanto á los dos primeros motivos de amor, que son bondad y caridad, ya habemos declarado cuán grande haya sido la bondad y caridad que Cristo nos descubrió en su sagrada Pasion, y cuán grandes estímulos aquí tenemos para amar á quien tanto nos amó, y á quien tanta bondad en esta obra nos mostró. Y porque todo esto ya tratamos á la larga, no hay para qué repetir aquí lo que está dicho.

Mas el beneficio que por este medio se nos hizo, declaró Sant Juan en una palabra, diciendo (b) que Cristo nos dió poder para ser hijos de Dios. En la cual palabra

(a) Opuse. 61. cap. 48. (b) Joan. 1.

comprehendió este Evangelista inestimables beneficios y mercedes de nuestro Señor. Porque si somos hijos, luego somos tambien hermanos de Cristo; si hijos, luego herederos del patrimonio de nuestro Padre, que es el reino del cielo (c); si hijos, luego amados y tratados como hijos con regalos y castigos paternales; si hijos, luego dotados de espíritu de hijos (d), para que con filial amor llamemos á Dios en todas nuestras angustias á boca llena, Padre, Padre; si hijos, luego él es Padre, y como tal tendrá paternal cuidado y providencia de los que adoptó por hijos; si hijos de Padre, y Padre todopoderoso, ¿qué les puede faltar? qué pueden temer? Los tales en los peligros estarán seguros, en los trabajos esforzados, en las necesidades socorridos, en las angustias consolados, y en todos los acaescimientos desta vida confiados, diciendo: Padre tengo todopoderoso, y todo piadoso, y tan de verdad Padre, que nos mandó su único Hijo que á nadie llamásemos padre sobre la tierra; porque uno era nuestro Padre que está en el cielo (e). Todos estos y otros semejantes favores comprehendiendo esta dignidad de hijos de Dios que nos vino por Cristo, como Sant Agustín lo dice por estas palabras (f): Muchos hijos de Dios hizo el único Hijo de Dios. Compró para sí hermanos con su sangre; aprobólos siendo reprobado, rescatólos siendo vendido; honrólos siendo él deshonorado, y resucitólos siendo muerto. ¿Pondrás pues dubda en que te negará sus bienes quien por tu amor recibió en sí tus males?

Este beneficio encarece el mismo Evangelista, diciendo (g): Mirad cuál sea el amor que Dios nos tiene, pues nos concedió esta dignidad: que seamos llamados hijos de Dios, y que lo seamos. Y dice que lo seamos; porque no pensásemos que esta dignidad era de solo título, como encomienda de espera; sino que demas del título de hijos tiene él para con ellos providencia, amor y obras de Padre.

Debajo desta gracia se comprehenden todas las demas; que es habernos hecho Cristo particioneros de todos sus bienes, como el Apóstol dice (h): Porque no comió su bocado á solas, sino partiólo con sus hermanos; ó por mejor decir, dió todo lo que ganó y mereció, á sus hermanos; pues él no tenia dello necesidad. Mas aquí es mucho de ponderar que aunque debemos mucho á este clementísimo Redemptor por esta comunicacion de sus bienes; pero mucho mas le debemos por el medio que para esto escogió, que fué hacerse él participante de nuestros males para comunicarnos sus bienes. Porque por el mérito de haberse él subjectado á estas bajezas, nos hizo participantes de sus grandezas. Y así con su pobreza nos enriqueció, con su humildad nos engrandeció, con sus prisiones nos libertó, con sus dolores nos alegró, con sus llagas nos sanó, con su muerte nos resucitó, y tomando sobre sí la maldicion del pecado, nos dió la bendicion de la gracia, y con la figura de serpiente que tomó, nos sanó de las mordeduras de la antigua serpiente. Y finalmente, así como él nació y murió para nosotros, así todo lo que de nosotros tomó, ofresció para nuestro provecho; su carne nos dió en mantenimiento, su sangre en bebida, su vida en precio, sus brazos en refrigerio, su Cruz en escudo, su precioso sudor de sangre en medicina, su corona de espinas en ornamento de

(c) Rom. 8. (d) Galat. 4. (e) Matth. 23. (f) De Nativ. Dom. serm. 19. cap. 5. tom. 10. et in Append. serm. 75 de Sanct. et supr. Epist. ad Galat. tom. 4. (g) 1. Jon. 3. (h) Heb. 3.

gloria, la abertura de su lado en argumento de su amor, y el agua que dél salió, en lavatorio de nuestras culpas, y todos los pasos de su vida en ejemplos de la nuestra. Y así él nos es todo en todas las cosas. El es única esperanza de los desmayados, refugio de los tentados, refrigerio de los afligidos, medicina de los enfermos, firmeza de los sanos, filosofía de los simples, paraíso de las ánimas devotas.

Otra manera hay para saber estimar la grandeza deste beneficio, y encender nuestro corazon en el amor deste tan piadoso bienhechor, que es considerar en él estas tres cosas: conviene á saber, lo que nos dió, y el medio por donde lo dió, y la causa por que lo dió. Lo que nos dió, es lo que acabamos agora de declarar, y lo que engrandesció Sant Pedro Apóstol, diciendo que por Cristo nos dió el Padre grandes y preciosas promesas (i): que son hacernos participantes de la naturaleza divina. Lo cual en cierta manera es hacernos dioses: esto es, semejantes á Dios en la pureza de la vida, y despues en la bienaventuranza de la gloria. Finalmente, por él nos fuéron dados bienes de gracia y de gloria: que son los mayores bienes que á una pura criatura se pueden dar. Mas el medio por donde estos bienes nos dió, ya está declarado: que fué por los dolores de su sagrada Pasion, que fuéron los mayores que se han padescido en el mundo. De modo que á trueque de los mayores dolores que se podian padecer, nos dió los mayores bienes que se nos podian dar. Pues ¿qué se puede añadir á este beneficio? ¿Qué corazon no se derrite considerando este tan admirable trueque de la misericordia divina? Mas lo tercero, que es causa de todo esto, dijimos arriba que fué sola su bondad, sin haber de nuestra parte merecimiento alguno, ni de la suya interese propio. En la consideracion de cada cosa destas tiene muy bien en qué espaciarse un corazon devoto.

Mas porque entre lo que este Señor nos dió, la mayor pieza es la bienaventuranza de la gloria que en la otra vida esperamos, nunca el hombre entenderá la grandeza deste beneficio, hasta que gocé della; y entónces verá claro lo que debe á las llagas deste piadosísimo Redemptor, considerando que estas fuéron las puertas por donde él entró á gozar lo que el Salvador con tantas lágrimas y heridas le ganó. Y quien agora considerare mas la grandeza deste gozo, entenderá mas la grandeza deste beneficio.

Concluyendo pues esta parte, digo que si (como al principio dijimos) los mayores incentivos de amor son la bondad, y la caridad, y los beneficios, digan ahora todos los ángeles y los hombres, ¿qué mayor bondad, qué mayor caridad, y qué mayores beneficios que los que en este misterio se nos han declarado? ¿Oh con cuánta razon dijo el Salvador (k) que habia venido á poner fuego en la tierra! ¿Y qué mayor fuego que el que se nos pone con estos tan grandes motivos de amor? Por esto dijo Sant Ambrosio (l) que con los otros beneficios nos habia Cristo obligado á amarlo, mas que con este nos hizo fuerza. Y por esto dijo el Profeta (m) que cuando este Señor viniese al mundo, las aguas arderian con fuego; porque no era razon que hubiese corazon tan frio que no se abrasase con tan grandes incentivos de amor. Porque ¿qué nos cuantos azotes, y espinas y heridas el Salvador recibió en su sacratísimo cuerpo, sino incentivos deste fuego, y voces que predicán su amor,

(i) 2. Petr. 1. (k) Luc. 12. (l) Sup. Psalm. 118. (m) Esai. 64.

y piden el nuestro? Por lo dicho pues nos consta claro ser el misterio de la sagrada Pasion un tan eficaz y tan poderoso medio para hacer arder nuestros corazones en el amor de nuestro Redemptor, como si para solo este fin fuera ordenada, y no para otros.

§. II.

De la esperanza, y otras virtudes á que nos mueve la Pasion del Salvador.

Compañera y hermana de la caridad es la esperanza; y así todo lo que nos incita á amar á Dios, nos mueve tambien á esperar en él. Porque ¿qué no esperaré yo de tan grande bondad, que á tantos trabajos se puso por hacerme bueno y bienaventurado? ¿En quién confiaré yo con mayor seguridad, que en quien tanto me amó, que murió porque yo no muriese? ¿En quién tendré mas cierto mi remedio, que en quien no contento con hacerme participante de sus bienes, quiso él (por mostrarme su amor) hacerse participante de mis males? ¿Cómo me negará el remedio, cuando ya no le cuesta nada, quien me redimió con tanta costa suya? ¿Cómo huirá de quien le busca, quien buscó por tantos caminos á quien huía? Muy bien declaró esto el Apóstol, cuando dijo (n): Si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho mas despues ya de reconciliados seremos salvos por la vida dél. Y siendo verdad (como dijimos) que el Salvador usó con nosotros de tan gran misericordia, que los trabajos y dolores de la Pasion tomó para sí, y el fructo y mérito dellos comunicó á mí, ¿qué no podré yo esperar teniendo tales prendas de amor, y presentando tales méritos de mi parte? Pues quien cada cosa destas pensare, y pesare con mucha atencion, verá que toda la vida y muerte del Salvador nos está animando, y esforzando, y convidando á esperar en Señor tan bueno, tan amigo, tan liberalísimo bienhechor y misericordiosísimo reparador.

De la humildad.

Pues ¿qué dirémos de la virtud de la humildad, raiz, y fundamento, y guarda fiel de las virtudes? ¿Cuánto resplandescé ella en todo el proceso de la vida y Pasion del Salvador? ¿Qué otra cosa nos predica aquel pesebre? aquel establo? aquella circuncision y huida á Egipto? y el bautismo, y la tentacion, con todo lo demas? Estos ejemplos son de la vida; mas los de la muerte bastaron para asombrar los ángeles, y espantar todas las criaturas: las cuales tan extraño sentimiento hicieron en la muerte de su Criador (o). ¿Qué cosa es ver á Dios preso y maniatado como ladron, escupido como blasfemo, escarnescido como loco, azotado como malhechor, tenido en ménos que Barrabas, y crucificado entre ladrones? Y como si todo esto fuera poco, estando ya para entrar en la batalla de su Pasion, se levantó de la mesa, y puesto de rodillas lavó los piés de sus discípulos, y entre ellos los de Júdas. Pues ¿quién no queda atónito considerando esta tan profunda humildad? ¿Quién no entiende por aquí la dignidad y importancia desta virtud; pues por tantas vias el Maestro de las virtudes la quiso imprimir en nuestros corazones? Porque entendia él muy bien la dureza de nuestra cerviz, y la altivez de nuestro corazon, como de hombres que este mal habian heredado de sus primeros pa-

(n) Rom. 5. (o) Matth. 27.

dres, que por soberbia se perdieron; y por esto como sabio arquitecto fortificó esta parte tan flaca de nuestra ánima, que estaba mas á peligro, con tantos ejemplos de humildad.

De la obediencia.

Pues de la obediencia de Cristo ¿qué diremos, sino lo que dijo el Apóstol (*p*), que siendo este Señor verdadero Dios, igual al Padre (y esto no por rapiña, sino por naturaleza), se abajó á tomar forma de siervo, y se humilló hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: que era el mas deshonrado linaje de muerte que en aquel tiempo habia? De modo que aquel Señor, que como el mismo Apóstol dice (*q*), es resplandor de la gloria del Padre, y figura de su substancia, y el que sustenta toda las cosas criadas con la virtud de su palabra, y el que solo puede perdonar pecados, y el que está asentado á la diestra de la Majestad en las alturas, rodeado de ángeles; este tiene por casa, y cama, y trono real en la tierra, una Cruz en medio de dos ladrones. ¡Oh admirable obediencia! Oh profunda humildad! Oh espantosa caridad! Oh inestimable amor de nuestra salud, que por tales medios fué procurada!

De la paciencia.

De la paciencia ¿qué podemos decir, pues nos consta que esta sagrada Pasion fué toda obra de paciencia? Porque aunque entrevinieron en ella todas las otras virtudes, y todas en summo grado de perfeccion, mas el padecer fué obra de paciencia, aunque imperada por la caridad y obediencia del Padre eterno, que le mandó abrazar esta Pasion por nuestro remedio. Y por esto se dice con razon que esta virtud fué la vestidura de bódas con que vino vestido el Hijo de Dios cuando se desposó con la Iglesia en el tálamo de la Cruz. A la imitacion desta virtud nos exhorta Sant Pedro Apóstol, diciendo (*r*): Cristo padesció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigais sus pisadas; el cual (no habiendo cometido pecado, ni halládose engaño en su boca) cuando le maldecian no maldecia, y cuando padescia no amenazaba, antes se entregaba al que injustamente le condenaba.

En lo cual es cosa digna de consideracion ver el comedimiento (si así se puede llamar) de nuestro clementísimo Maestro y Redemptor. Porque así como los santos varones no se atreven á aconsejar á otros las buenas obras que ellos no hacen: así este Señor, con saber que á él como á Señor se debia reverencia, y á nosotros como á siervos pertenecia la obediencia, con todo eso no quiso mandarnos cosa que él primero no la hiciese. Mandónos lavar los piés unos á otros; y lavó él primero los de sus discípulos (*s*). Mandónos que en su Iglesia tomásemos ántes lugar de menores que de mayores, de siervos, y no de señores (*t*); y él dice de sí que conversaba entre sus discípulos, no como quien está asentado á la mesa, sino como quien ministra en ella. Finalmente, mandónos ser tan fieles á Dios, que cuando fuese menester padeciésemos tormentos y muertes por él (*v*); y eso quiso él hacer por nosotros. De modo que no nos quiso obligar á padecer por él, sin que padeciese él primero por nosotros. Mas es grande la diferencia que hay de parte á parte. Porque en lo uno padescer la criatura por su Criador, y el siervo por su Señor, es-

(p) Philipp. 2. (q) Hebr. 1. (r) 1. Petr. 2. (s) Joan. 13.
(t) Luc. 14. Idem 22. (v) Matth. 10.

perando dél su galardón; mas en lo otro padescer el Señor por su siervo, sin esperar algo dél. Con esta consideracion se esforzaba la virgen Sancta Margarita á los tormentos de su martirio, diciendo: Pues mi Señor padesció por mí, yo tambien tengo de padecer por él. Y este mismo era el esfuerzo y consuelo de todos los mártires, y lo es de todos cuantos algo padescen por su amor: viendo cuán justa cosa es que la criatura padezca por su Criador, de quien tanta necesidad tiene, pues el Criador padesció por su criatura, sin tener della necesidad.

Estas cuatro virtudes (de que hasta aquí habemos tratado, que son caridad, humildad, paciencia y obediencia) dice Sant Bernardo (*x*) que son cuatro piedras preciosas con que Cristo adornó los cuatro cabos de la Cruz. Entre las cuales la caridad está en lo alto, y la obediencia á la mano derecha, y la paciencia á la izquierda, y la humildad, como raiz y fundamento de las virtudes, está en lo bajo.

§. III.

De la mansedumbre y otras virtudes.

Hermana de la paciencia y de la humildad es la mansedumbre, y sin ellas no se halla: porque de la paciencia toma el sufrir, y de la humildad el humilde y blandamente sufrir. Cuánto haya resplandescido esta virtud en la Pasion de Cristo, el profeta Esaías lo vió en espíritu, y lo profetizó diciendo (*y*): Así como oveja que llevan al matadero, fué llevado; y como el cordero delante del que lo tresquila, enmudeció y no abrió su boca. Lo cual se vió en todas las acusaciones y falsos testimonios que contra el Salvador se dijeron, á los cuales ninguna cosa respondió. Por donde el juez espantado grandemente deste tan nuevo silencio entre tantas acusaciones, le dijo (*z*): ¿A mí no hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y para soltarte? Entónces el manso Cordero abrió su boca para sacar al juez de aquel engaño, diciendo: No tendrías tú poder sobre mí si no te fuese dado de lo alto.

Del amar á los enemigos.

A esta virtud con sus hermanas pertenesce el amar á los enemigos, y hacer oracion por ellos: de que tenemos no menor ejemplo en esta sagrada Pasion. Del cual maravillado Sant Bernardo, dice así (*a*): Mirad las maravillas de Dios, y los prodigios que ha obrado sobre la tierra. Herido Cristo con azotes, coronado con espinas, traspasado con clavos, colgado de un madero y lleno de oprobrios; olvidado de todos estos dolores dice: Padre, perdona á estos; porque no saben lo que hacen. Pues ¿de qué corazon de qué entrañas tan tiernas salió esta voz de tanta suavidad?

De la pobreza.

Ni á los amadores y seguidores de la pobreza evangélica faltan ejemplos en la vida de Cristo, y en su sagrada Pasion; pues al tiempo del nacer no tuvo otra cosa sino un establo, y al tiempo del morir no otra cama sino la Cruz, ni otra almohada sino la corona de espinas, ni otra ropa sino desnudez, ni otra mesa sino hiel y vinagre, ni otra sepultura sino la que Josef le dió de limosna; y finalmente acabó con tanta pobreza, que no hubo un jarro de agua para quien la pedia muriendo. ¿Puede

(x) Serm. 1. de Resurrect. Domin. (y) Esai. 53. (z) Joan. 19.
(a) Serm. de Pass. Dom. Feria 4. Hebdom. pœnosa.

ser pobreza mayor? Pues ¿cuán gran motivo tienen aquí los pobres para consolarse en los trabajos de su pobreza?

De la aspereza de la vida.

Con la pobreza evangélica se junta la aspereza de la vida, que anda en su compañía, de cuyos ejemplos no ménos está llena la vida y muerte deste Señor; pues en su persona dijo el Profeta (*b*): Pobre soy yo, y ejercitado en trabajos desde mi juventud. Y el profeta Esaías por esta causa lo llama varón de dolores, y que sabe de penas (*c*); porque vió en espíritu los trabajos que este mansísimo Cordero habia de padecer. Estos nos predicán su destierro, sus caminos, sus cansancios, sus ayunos, sus oraciones, sus vigilias, su hambre y su sed, su frio y calor, con todos los otros trabajos que en su vida, y mucho mas en su muerte padesció. Y por esta causa la Esposa en los Cantares llama al Esposo manojico de mirra (*d*): la cual aunque es suavísima cuanto al olor, es amarguísima cuanto al sabor. Pues desta mirra fué llena la sagrada Pasion y vida del Salvador. Y dado caso que él en cuanto Dios no padesció, ni podia padecer; mas padesció en cuanto hombre por razon de la sagrada humanidad que estaba con él unida en una misma persona (la cual el amaba con inestimable amor); de la cual una sola hora de vida valia mas que todas las vidas de hombres y ángeles; porque era vida de Dios hombre. Pues esta sagrada humanidad, esta cordera inocentísima entregó el Padre eterno á aquellos lobos infernales para que la maltratasen y despedazasen por nuestro remedio. Por cuyo ejemplo la misma esposa abrazó tan perfectamente todo género de trabajos, que dice de sí misma (*e*) que sus manos distilaban una mirra perfecta, y que sus dedos estaban llenos de mirra finísima. Pues esta mirra son los trabajos y asperezas que los amadores de la perfeccion suelen abrazar por amor de Cristo: como son cilicios, disciplinas, vigilias, ayunos, vestiduras ásperas y duras camas. Por donde todas las veces que la carne se queja desto, y la naturaleza padescer, el mas fácil y cotiádino remedio es levantar los ojos á Cristo crucificado, y mirar lo que él padescer, no por sí, sino por nosotros; y con esto no podrá dejar el hombre de consolarse y esforzarse en sus trabajos.

Aquí tienen tambien consuelo todos los atribulados con diversas enfermedades y muertes de sus queridos, y de otros trabajos de mil maneras que nunca faltan en esta vida (que toda es un mar tempestuoso lleno de tormentas y mudanzas), en las cuales no tenemos otro remedio mas á la mano, que poner los ojos en Cristo crucificado; el cual siendo fuente de sanctidad y inocencia, padesció tales penas por las culpas ajenas: por donde no es mucho que padezca el hombre culpado algo por las suyas propias.

Aquí tambien se halla certísimo remedio para todas las tentaciones y sugestiones del enemigo; para lo cual dice Sant Augustin (*f*) que no hay mayor socorro que esconderse en las llagas de Cristo: esto es, que en apuntando la tentacion, levante luego el hombre los ojos á mirar á Cristo crucificado, considerando aquella figura tan lastimera que tenia en la Cruz con el cuerpo ensangrentado; acordándose que aquel Señor es Dios, y que todo aquello padescer por satisfacer por nuestros pecados; y tiemble de hacer cosa cuyo remedio tan caro costó al Hijo

(b) Ps. 87. (c) Esai. 53 (d) Cant. 1. (e) Cant. 3.
(f) In Man. cap. 22. tom. 9.

de Dios, y que el mismo Dios tanto aborresce; pues entregó á la muerte su unigénito Hijo por destruir y matar al pecado. Y considere cómo castigará el Padre eterno al siervo malo cargado de pecados propios, pues tal satisfaccion tomó del Hijo inocente por los ajenos.

CAPITULO XV.

Cómo en la sagrada Pasion se nos da copiosa materia de meditacion.

No se acaban aquí los frutos del árbol de la sancta Cruz: otros hay no ménos saludables que los pasados, que se siguen dellos. Para cuyo entendimiento es de saber que una de las cosas en que mas se desvelaron los filósofos antiguos, fué inquirir en qué cosas consistia el último fin y bienaventuranza del hombre: que es el mas rico, mas alto y mas dichoso estado, y de mayor descanso adonde él puede llegar. Y despues de muchas opiniones y errores que en esta materia hubo, finalmente los mas sabios entre ellos vinieron á decir que esta bienaventuranza consistia en el ejercicio de la mas alta potencia del hombre, que es el entendimiento, empleándolo en la mas alta cosa que hay en el mundo, que es Dios. Y así ponian esta felicidad en la contemplacion de Dios y de sus grandezas. Y porque no podian conocer á Dios en sí mismo, procuraban conocerle por sus obras, que espor las grandezas y maravillas que veian en este mundo (de que al principio deste libro tratamos); y por poder mejor entender la órden y artificio de las cosas criadas, y levantarse por ellas al conocimiento del Hacedor, empleaban toda la vida en los estudios de la filosofía; porque estas ciencias les daban mayor conocimiento de las cosas, y por ellas de la causa de donde proceden, que es Dios. Y con este tan largo trabajo y estudio á bien librar alcanzaron (no todos sino algunos) una grande admiracion de la sabiduría y omnipotencia de Dios, que tales cosas supo y pudo hacer; y un natural amor dél, que no basta para alcanzar la verdadera bienaventuranza sobrenatural que esperamos.

Viendo pues aquel soberano Señor cuán prolijo y dificultoso camino era proceder por la fábrica y órden deste mundo al conocimiento de las perfecciones y grandezas del Hacedor, determinó abreviarlo y aclararlo, enviándonos su unigénito Hijo (que es imágen perfectísima del Padre), vestido de nuestra humanidad; para que así lo pudiesen ver nuestros ojos de carne, y conocer por él las grandezas y perfecciones de su eterno Padre, que en él y en todos los pasos de su vida sanctísima y muerte resplandecen tanto mas perfectamente que en las criaturas, cuanto es él mas excelente que ellas. Por lo cual dijo el Apóstol (*a*) que no solo es Cristo nuestra sanctificacion y redempcion, sino tambien nuestra sabiduría; porque por él mas que por todas las cosas criadas subimos al conocimiento del Criador, y señaladamente por su sagrada Pasion, que fué la mas alta de todas sus obras.

Pues para alcanzar esta ciencia no hay necesidad de estudiar filosofía, ni astrología, ni aun de saber leer; porque muchos religiosos legos vemos en las religiones muy reformadas, y muchas mujercicas y doncellas ignorantes, que con solo el conocimiento que alcanzan deste misterio por lo que oyen en los sermones, ó por los pasos de la sagrada Pasion que ven pintados en los retablos (que son como libros de los ignorantes), ocupándose en la consideracion deste misterio, vienen á alcanzar tan grande conocimiento de la bondad, y caridad, y miseri-

(a) 1. Cor. 1.